

CAROLINA LEÓN

Trincheras  
permanentes

*Intersecciones entre  
política y cuidados*

## ÍNDICE

¿Cómo se cuida aquí? .....	11
Je suis seule .....	19
Julio .....	26
Edificios que se derrumban .....	32
Spania bien .....	40
HackTheCapitalism .....	43
El verano pasado en Garaldea .....	55
Miedo al médico .....	74
Error del sistema .....	91
Los niños y los viejos .....	103
El año en que dejé de cuidar .....	117
Acuerparnos .....	24
La cuestión de los cuidados .....	154
La cuestión de las retaguardias (intuiciones para un ensayo) .....	154
Su problema personal .....	178
Bibliografía .....	187
Agradecimientos .....	189

## ¿CÓMO SE CUIDA AQUÍ?

NO HACE MUCHO LEÍ a Grace Paley escribir acerca de sí misma, treinta años más tarde de su personal politización: «La realidad es que 1954 fue un año en el que muchas cosas se pusieron en marcha. Las suficientes, desde luego, como para añadir una dedicación política diaria a mi vida familiar, a mi desordenada rutina de trabajo y a mis noches batallando por escribir poemas y cuentos».\* Si cambio el año por 2011, está muy cerca de lo que esta temporada ha sido para mí.

Indago en mis últimos cinco años de experiencias —que no han sido solo mías pero que no me atrevo a llamar «nuestras»— y me pregunto qué fue primero, si el huevo o la gallina. De un lado, el descubrimiento de la «política». A pesar del colegio progre en que me eduqué y sus asambleas de clase, la palabra política no formó parte de mi vocabulario hasta casi cumplir la cuarentena. Entre aquellas asambleas de escolares y las que vinieron con el 15M no existió continuidad alguna: la «política» siempre entendida como algo ajeno que nos tocaba practicar de cuando en cuando, en mi caso yendo del brazo de mi abuela al colegio electoral. A partir del 15M, a modo de bofetón, de algarabía y de primavera con su precariedad, supe que existía una política en cada uno y una, y

---

\* Grace Paley, *La importancia de no entenderlo todo* (Madrid: Círculo de Tiza, 2016), pág. 24.

esa fue una experiencia de trascender la soledad. A efectos de lo que en estas páginas intento contar, la «revolución» ya ha triunfado, porque permitió a un sinnúmero de personas salir de sus ensimismamientos, preocuparnos de algo más que de lo propio y ejercer la discusión acerca del vivir juntos.

Rehúyo el «nosotras», pero en ese entonces aprendimos a hacer colaborativa casi cada parcela de la vida: las protestas, las proclamas, las manifestaciones y movilizaciones, los barrios, las crianzas, las bibliotecas, las comunicaciones, la reacción contra los recortes de derechos y servicios, la denuncia de cada privatización y de cada desmán urbanístico, la pelea contra los desahucios. Nos reconocimos, nos encontramos. Nos movilizábamos en torno a todo —porque «esta guerra es total, omnicomprendiva», como solía decir una amiga— y nos agitábamos de manera colectiva para estar presentes, participar, luchar. Nadie quería perderse el vendaval. No nos podíamos permitir quedar descontentos. Actuábamos fuera de las cárceles de nuestras condiciones o hacíamos de esas cárceles un movimiento.

Con dieciséis años, animada por un profesor de filosofía, había leído *El segundo sexo*. Pero no fue hasta 2010 que me entregué arrebatada a docenas de textos en los que se politizaba lo íntimo y lo privado. Así que del otro lado vino el descubrimiento de los feminismos. Visto desde hoy, supongo que la línea de tren estaba ahí tendida esperando a que me subiera.

Allá estaban la función pública y las decenas de miles que generaban sentidos, acá la subversión y el cuestionamiento de los roles asignados. Allá la acción, la portavocía, el liderazgo, la hegemonía... Acá los condicionamientos, los estereotipos, la vida atravesándonos. El huevo o la gallina, o la fusión de ambos, me hicieron formularme preguntas. Y estas preguntas comenzaron a salir en ristra, abotonadas unas a otras.

¿De qué está hecha la política? ¿Esto para quién es? ¿Quiénes pueden estar? ¿Pueden estar todos, estamos contando con todas?

¿Cómo se activa uno/una en esa presencia pública? ¿Cómo se consigue uno desembarazarse de lo privado para tomar esa voz? ¿Cómo nos desembarazamos de lo que nos ata —la necesidad— para estar de cuerpo presente en la acción? ¿Quién hace política? ¿Quién cuida? ¿Por qué se ve una cosa y no se ve la otra? ¿Por qué unos sujetos son tan visibles y otros tan poco? ¿Es la política únicamente algo que se ve? ¿Qué sucede con lo que no se muestra? ¿Sigue funcionando la secular división entre lo público y lo privado? ¿No habían dejado de ser esferas separadas? ¿Cómo va a seguir funcionando esa división si, desde esa política que nos es ajena, nos están arrebatando condiciones para la reproducción social, y se nos empuja a lo político?

En cierto momento tenía flotando a mi alrededor dos campos léxicos: «revolución», «política», «organización», «activismo», «militancia» en un lado, frente a «cuidados», «reproducción», «vida», «afectos», «sostenimiento» en el otro. Sus pesos relativos y su lugar en los imaginarios de lo relevante estaban, de manera clara, descompensados.

Esa ristra de preguntas fue el origen. Vivía, pensaba y escuchaba sin tregua en los años de la movilización permanente, y ese amasijo de cuestiones emanaba desde un todo desenfocado que mostraba gente, mucha gente, cientos de miles de personas, en manifestaciones y convocatorias; más tarde sus rostros se desvanecían para dar lugar a otra cosa, mucho más nítida y apropiada para los telediaros. Ese todo que quedaba desenfocado o fuera de plano a veces tenía niños, ancianos, diversos funcionales, personas con enfermedad mental, migrantes sin papeles o mujeres que cuidaban.

Fue cuando nos convocábamos de manera cada vez más encendida, más guerrillera, más total, cuando empezábamos a sentir que muchos de aquellos rostros podían ser descontados, que surgió otra pregunta: si vamos a radicalizar la lucha, ¿por qué no radicalizamos los cuidados? La vanguardia ya era la cara vista del relato, así que desde ahí no tenía más remedio que preguntarme por la otra

## JE SUIS SEULE

DE LA CRISIS ECONÓMICA esa de la que hablan no me enteré porque mi exmarido me dijo que ya se acababa. Un divorcio suele ser un asco en general. A partir de la segunda mitad de 2009, poco después del mío, solía pasar bastante tiempo paseando sola por Madrid. Para que el padre de mis hijas, que por el momento se había alquilado una habitación, pudiera verlas de cuando en cuando, él venía a casa y yo entonces procuraba salir. Si ya era doloroso saberse «separada» después de tantos años, me encontraba con otro montón de retos, como reaprender a andar sola, a no tener que cuidar a otras personas por breves lapsos o a utilizar el tiempo únicamente para mí. Descubrí, por ejemplo, que no sabía dónde meterme durante cuatro o cinco horas (a veces durante un día entero) sin gastar dinero. Pero eso era —me propuse— parte del proceso de quedarme sola.

Atravesar la ciudad en cualquier dirección, hasta la noche. He ahí una metáfora de separarse. Bueno, una metáfora real y concreta. Me aprendí todos los horarios de los museos gratuitos —hace ocho años, eso era más sencillo de encontrar— y todas las bibliotecas de Madrid que abrieran incluso en fin de semana. Me hice un mapa mental de los lugares acogedores que fui descubriendo. Además estaban los parques, y la calle, las plazas, los bancos cuando lucía el sol. Aunque entonces, a menudo, habría de lamentar mi osadía, y aguantar o esquivar a un hombre cualquiera que me vendría a dar conversación.

No es tan preocupante darle conversación a alguien como que ese alguien te la busque cuando estás sola.

Algunos días lloraba mucho. Sobre todo en el transporte público. También en alguna plaza. También bebía mucho. Beber cerveza para matar un poco las ganas de llorar. Aunque más tarde esa misma cerveza se evaporara como lágrimas en la lluvia. Aquí podéis todos decir: «qué exagerada, separarse es separarse y ya está». Vale. Me vuelvo a los paseos por un Madrid que no conocía tan bien y sin embargo no me parecía tan hostil. No sé si habrás probado a pasear por una ciudad en la que no conoces más que a un puñado de personas siempre muy ocupadas y con sus respectivas parejas, sin dinero, un fin de semana tras otro. Zascandilear, sin saber cómo sacar la cabeza, sola y locamente triste.

Entre caminar y parar y leer un rato sobre el césped, huir de algún acosador y seguir, a veces me metía a bares. Es lo que pasa cuando una se ha criado en un bar. Excusas baratas aparte, suelen ser lugares en los que descansar aupada a un taburete con un peaje más o menos económico. A veces se te aparecen personas para darte conversación, forma parte del *pack*. Por entonces aún no sabía si era eso lo que quería o quería matar a todo el que se me acercara.

El objetivo era hacer tiempo, postergar el momento de regresar. En el bar medio vacío me tomé un par de tercios, a la espera de nada. Ella había entrado después de mí y se había sentado dos taburetes a mi izquierda. Creo que quiso entablar conversación con alguno de los camareros o algún otro cliente. Mi montaña de prejuicios la etiquetó: esta mujer quizá es prostituta. Era mayor, pasaba de cincuenta, el pelo rubio teñido y largo, las uñas cuidadas, las manos grandes, la cintura estrecha. La mujer tenía mucho mejor aspecto, según cualquier catálogo de belleza femenina, que yo con treinta y seis, aquel día y en aquel periodo de depresión. Me fijé mucho en ella.

## JULIO

HOJARASCA ES UNA PALABRA que me gusta, suena bien y habla de algo mitad humilde, mitad inservible. A menudo nos pasa desapercibida, cuando los plataneros y castaños orientales sueltan sus enormes sábanas sobre las calles, pero durante las semanas de la huelga de barrenderos en la ciudad de pronto esa basura se hizo presente. Y molesta. Las hojas secas caían, no había nadie que las quitara del paso y comenzaron a formar pequeños montones al principio, después altos como la rodilla de un adulto. Incluso con la mirada de un apresurado oficinista tenías que percartarte de que estaban. Si así no fuera, el viento te las traería hasta la misma cara. Había otras basuras aquel otoño, desde luego, pero las hojas entorpecían como pocas cosas el paso de las personas decentes y amenazaban con resbalones cuando estaban mojadas. Impertérritos algunos, emocionados otros, asistimos durante semanas a esta debacle del desecho visible.

Pienso en la hojarasca como metáfora de aquellos que cada día vamos quedando secos y descolgados, dejándonos caer en mitad de las aceras o posándonos sobre el feo mobiliario urbano. Fuimos invisibles cuando nos guardábamos de la calle, pero ya no tanto.

Cuando me voy a encontrar con Julio, la huelga de limpieza de las calles ya ha terminado, es mitad de enero y su recuerdo casi ha sido arrasado por una Navidad paliducha, como si solo nos hubiesen regalado juguetes rotos. En la estación de metro Alonso Martínez, en el bulevar de Santa Bárbara, estoy esperando y fumo.



Los muchachos de chaleco blanco y carpeta celeste nos quieren convencer de concienciarnos y solidarizarnos y yo no sé decirles «Déjame en paz», me adelanto con una excusa preparada. Espero a alguien a quien no he visto nunca. Hace un frío que no combate ningún abrigo.

Esta es una plaza a la que hemos venido muchas veces, pegaditos a los sobres de Génova, durante los meses del pasado verano, espoleados por la contabilidad B del PP y las evidencias de corrupción. Es una plaza mala para las concentraciones, el mobiliario de su última remodelación parece diseñado para molestarlas o hacernos parecer dispersos. Estoy esperando a un hombre con «barba»: la tendencia a taparse la cara se ha hecho popular en nuestras calles.

Si he invitado a Julio a esta conversación es porque me pregunto cómo hacemos para desembarazarnos del amontonamiento de historias pasadas, prejuicios, complejos y barreras que nos mantienen atados a unas identidades medio heridas y lastran la posibilidad de arremangarnos para trabajar con otros. Una de esas hojas secas caídas en el suelo no hace montón. No es un proceso sencillo juntarse. Sé que Julio está en sintonía con los temas que me preocupan, leo sus comentarios en Twitter desde hace tiempo. Sin embargo él dice que no hace nada.

Es una mañana tranquila en la plaza y no dudo un momento cuando emerge de las escaleras: no es un tipo muy alto, tiene un rostro agradable, lleva, efectivamente, barba y los dos sabemos quiénes somos.

¿Lo sabemos? Sin currículum somos más bellos, pienso mientras saludo a Julio. En su perfil es biólogo marino, y eso es algo que suena interesante. Pero en la calle es un tipo de mediana edad con ropa deportiva y pelo en la cara que pasa desapercibido entre las mareas de personas de mediana edad con pinta de no tener ocio ni negocio. De sí mismo dice que no sabe cómo empezar a formar parte. A atravesar la hojarasca de una crisis personal

## EDIFICIOS QUE SE DERRUMBAN

JOHN CHEEVER PROPONÍA A SUS ALUMNOS un ejercicio, «escribir como si estuviesen en un edificio en llamas». John Cheever bebía mucho y era un pésimo padre, dicen que un buen profesor de literatura. No tengo profesor de literatura, tengo prisa. No tenemos edificio en llamas, empezamos a quedarnos sin edificio alrededor. Lo que necesito contar está sucediendo, y tengo la sensación de que un día cualquiera puede dejar de tener sentido este relato, si fracasamos, si el descalabro se hace —aún más— extensivo. Estamos escribiendo, viviendo, follando, comiendo en edificios a punto de derrumbarse y eso nos va minando vida y esperanza. Puede que un día ya no pueda más o no le encuentre sentido.

Decir que vivimos a la intemperie es una metáfora hasta que deja de serlo. Aquí todavía tengo un techo porque aún pago el alquiler. Hoy me toca pasar por caja. A ver cómo aguantamos el edificio. Las intemperies son relativas menos para quien las tiene sobre la cabeza. Hace no mucho, nadie sabía muy bien qué era un desahucio. Si sucedían, que por supuesto sí, se quedaban en el espacio de lo privado: mera transacción, y no necesariamente dulce, entre ejecutores y ejecutados. Porque un desahucio se ejecuta. En un desahucio te sacan de tu casa y te dejan en la puta calle, con lo puesto. No hay literatura que te diga con la suficiente «literalidad» qué sucede en ese momento. No hay literatura porque normalmente quienes escriben (publican) no están amenazados de desahucio, pero quizá es una cuestión de tiempo.

Esa transacción dejó de ser algo invisible con las personas que se organizaron en diferentes grupos de activismo por la vivienda, en especial en la PAH (Plataforma de Afectados por la Hipoteca). «Activista» aquí es una palabra ancha que sirve para una gran variedad de personas, para las que ha dejado de valer el «sálvese quien pueda». Sirve para cualquiera de las que se encuentran y organizan, a menudo a punto de perder su casa o amenazadas de ello, y para todas las que ponen sus cuerpos en medio, por entender que estamos en un derrumbe insostenible. Y afortunadamente hay muchas, muchas más de estas personas, que han contribuido a diluir casi por completo la imagen clásica del activismo. Todo es mucho más divertido.

Una de esas es Iván. Cuando lo conocí era Power, porque lo primero que supe de él es lo que él quería contar en su cuenta de Twitter. De esa lectura, una de las muchas formas de conocer a alguien que gastamos, tenía la sensación de que todo lo que hacía en la vida era parar desahucios, o al menos intentarlo. También pensaba que llevaba toda la vida en eso. Como todos hemos cambiado tanto en tan poco tiempo, no me sorprendió demasiado saber que Iván era otro «novato».

Nos saludamos por primera vez, después de meses de leer-nos, en la permanencia que se realizó en una casa del barrio de Tetuán en Madrid. Fueron dieciséis días en agosto del 2013, se habló mucho de «Ofelia Nieto». En cada historia de desahucio hay nombres de personas. En este caso la cantante operística que da nombre a la calle donde está la casa se tomó el protagonismo:\* la familia Gracia González había decidido plantar cara al Ayun-

---

\* Después de una larga pugna con el Ayuntamiento, la casa de la familia Gracia González fue derribada en febrero de 2015, en este relato he preferido dejar el tiempo presente en lo que a la casa se refiere. La historia se puede conocer paso a paso en: *Ofelia Nieto 29* (bitácora): <https://ofelia-nieto29.wordpress.com/>.

## SPANIA BIEN

A LAS NUEVE Y ocho minutos llego a la puerta de la sala de conciertos. Me quedo fuera de la valla que delimita una terraza-recibidor, donde algunos hombres y mujeres, ni jóvenes ni viejos, fuman y apoyan sus copas sobre las mesas de patas altas. Espero a mi cita para ver ese concierto, que no es la misma con la que iba a venir. Al otro lado del perímetro, yo también fumo, como quien aún no pertenece a la fiesta.

El viejito viene recorriendo la acera despacio, acercándose a los grupos de personas que a menudo le dan la espalda y no atienden. Un bastón, una chaqueta azul eléctrico, mucha barba blanca, unos intensos ojos también azules. Ha terminado su ronda por la acera y repara en mí, tan a la espera. Me trae su mano abierta como ha hecho con todos. Farfulla algunas palabras en español mezcladas con otras en rumano. Ya sé que me pide algo de dinero, o supongo, pero es algo más lo que quiere. Le doy un euro. Sigue allí. Me habla, entrecortado, dice muchas veces «Spania bien», con el dedo pulgar en alto. «Romania mal», aunque no estoy segura de que lo diga con la palabra y sí por cierto con el gesto del espectador del circo que desea ver morir al luchador, así como con una mueca en la cara de profundo desagrado.

Salpica su charla de risas y, aunque no entiendo una palabra de rumano, sé que me cuenta la caída del régimen comunista y que antes de la muerte de Ceaușescu trabajó en una mina. Por sus gestos, sé que fue un horror mientras duró, por lo que está

mega-agradecido de poder estar en Spania pidiendo limosna a las puertas de las discotecas junto a Azca. También entiendo que, un poco más allá, en unos soportales o algo así, hay más gente como él. Hay más gente como él en cada rincón de Madrid que tiene algo parecido a un techo: bajo los puentes de los nudos urbanos, en los cajeros que cuentan con vestíbulo, en los pasillos de las colonias construidas hace cincuenta años con la intención de crear urbanizaciones para una aún inexistente clase media. Me pregunto si están, como él en apariencia, conformes con recoger las migajas que individuos integrados como yo les dejamos caer. Es increíble la capacidad de comunicación que desarrollamos allí en media hora, aunque en verdad está hecha de intuiciones. Entre su cháchara abrumadora en que no dejo de perderme, repite algo que me resulta misterioso: «Hola, hola, coca-cola».

Se refiere, creo, a la caída del comunismo en su país, es inútil preguntarle, pero allí seguimos parados al frío de noviembre. Mi cita se atrasa, no tengo lugar entre los que beben y fuman en la parte interior de la baranda, no es el mejor plan del mundo estar con un viejo indigente un sábado por la noche, pero sigo escuchándole. Se enciende el cigarrillo que le ofrezco, con mucho trabajo y un inútil mechero blanco donde se lee «Podemos». Él da caladas cortas, de quien apenas tiene lugar en los pulmones, y arremete con su monólogo, al que pongo cara de atención y en verdad sigo atenta. Sin entender.

Hasta que pregunta algo que interpreto como «¿Estás sola?» o «¿Tienes novio?». Le digo que no estoy sola, que estoy esperando. Ambas cosas son mentira y verdad al mismo tiempo. Se ríe estruendosamente, una vez más, como para rellenar los sentidos que nos faltan. Se lleva los dedos pulgar e índice a la boca y se da un beso. Hace rato que me he acostumbrado al viejito, me ha dado un par de abrazos en este tiempo, mi espera ha sido menos larga. Me señala, vuelve a hacer el signo híbrido de «estar bien» o

## HACKTHECAPITALISM

—ESTAMOS BUSCANDO UN SITIO que se llama Calafou, aquí en el pueblo.

—Sigue esta calle para abajo, todo para abajo, y llegas a un camino de tierra, y continúas, y estás en un sitio raro y un bosque, allí.

Son las once de la noche del miércoles santo y estamos dando vueltas por Vallbona d'Anoia después de siete horas. Menos mal que encontramos a dos hombres y un niño en bicicleta, como únicos habitantes del pueblo, que se avienen a darnos indicaciones. Nos miran con una mezcla de curiosidad y respeto.

Encontramos el camino de tierra donde termina el polígono industrial y nos adentramos en una espesura de guijarros sueltos, los faros iluminando la vegetación que cae sobre el camino. Nos contamos una película de miedo a medida que engullimos metros y empezamos a preguntarnos si estamos yendo donde debemos. Cuando más dudamos, entre cientos de ramas altas surge una estructura con ventanas iluminadas y un cartel dice que ya estamos en la «Colonia ecoindustrial postcapitalista» que nos va a alojar. La luz de la luna lo hace parecer algo terrorífico. No lo habíamos imaginado así: solemne y decadente a la vez.

Si venimos hasta aquí es porque hace unos años un grupo de personas adquirió este lugar con la intención de habitarlo y volverlo un espacio de trabajo y vida de un modo distinto. En otro tiempo, la antigua colonia industrial sería como tantas de las que

funcionaron en Catalunya durante la primera mitad del siglo xx: una lógica de producción organizaba todos los detalles de la vida de doscientas familias que compartían el lugar desde el amanecer hasta el anochecer, de la fábrica a la escuela, de la iglesia a los espacios comunes. Dormían en pequeñas viviendas sin baño ni agua corriente, alargadas como sombras de última hora. Abandonada por décadas, los que aquí llegaron en 2011 pensaron que este sería un buen lugar para fundar —o al menos bocetar— lo que llaman postcapitalismo.

Haciendo como si se hubiese terminado ese, el capitalismo.

Hay poca luz en los alrededores del edificio exterior del complejo y no hemos traído linternas, ciudadanos tontos, pero bajo la luna empezamos a buscar vida humana que nos indique qué hacer, a dónde ir. Caminamos entre yerbas espontáneas hacia la apertura en el ladrillo que parece entrada. Atravesamos una nave con maquinaria de trabajo, más allá parecen escucharse voces difusas. Abrimos una puerta: las voces se hacen nítidas y suenan con ese relax que viene antes de una gran concentración de trabajo. Nos ven, se levantan, nos saludan, nos presentan. Tras siete horas y media estamos en Calafou.

Es muy tarde, pero nos introducen en el ritmo de la casa. Cogemos un plato cada uno, nos acercamos a las mesas de bastidores de madera que separan la cocina de la zona de comedor y nos servimos un poquito de la comida sencilla pero sabrosa que ha quedado. Lo que se cocina cada día y come la multitud —aprenderé mientras estoy aquí— está fabricado por un par de personas o tres o cuatro que entran a trabajar a las once para el almuerzo, a las seis o siete para la cena, distintas cada día. Estamos en vísperas de un evento, por lo que los ritmos y las prácticas son un poco diferentes a cuando la gente que aquí vive está a sus anchas: nunca llegaré a saber cómo se trabaja y vive en esa cotidianidad privada de los que componen este lugar.

## EL VERANO PASADO EN GARALDEA

nosotras en nuestras reuniones hemos conseguido sacarlo todo ha sido difícil hermoso a veces pero también desagradable nos hemos contado cosas concretas íntimas privadas como se suele decir los miedos los sentimientos de culpa los complejos de inferioridad todo lo que experimentamos en las relaciones con vosotros con cada uno de vosotros luego de manera especial con los hombres con los que estamos Laurel la interrumpe [...]

Nanni Balestrini, *Los invisibles*\*

«TOMÁS NOS RECOGIÓ EN la estación. No tiene mucho sentido estar en las habitaciones, el porche es maravilloso y aquí hemos pasado toda la tarde», apunto en mi cuaderno el 12 de abril de 2014, en mi primera vez en Garaldea. Estoy a 45 kilómetros de casa con mi hija pequeña, en un lugar del que pretendo extraer cientos de ideas para la investigación; esta, lo veré con el tiempo, está aún en pañales. Yo estoy en pañales.

Antes de llegar, ¿qué sé de este sitio? Al menos, que he de abordarlo como un conjunto inseparable de espacio y de personas, de infraestructuras y de relaciones. En términos de espacio, estamos en una finca de gran dimensión, compuesta de varios edificios y terrenos intercalados. La casona principal puede tener más de cien años, se sabe que fue casa franca de cazadores y la leyenda

---

\* Nanni Balestrini, *Los invisibles* (Madrid: Traficantes de sueños, 2007), pág. 201.



cuenta —se la escucharé explicar a alguien cada vez que vuelva— que en ese salón con chimenea se gestó el golpe con el que empezó la Guerra Civil. Antes de ser ocupado, el complejo fue un centro terapéutico que contuvo a menores metidos en problemas con la ley así como a drogodependientes diversos en tratamiento. El espacio prestaba cuidados de una manera harto diferente a como lo hace ahora.

Tomás, a quien conozco poco, es quien me facilita esta primera visita (como no tengo muy claro qué tipo de lugar es este, no he traído ni sacos ni mantas y él me proporciona de todo). Pero la comunidad de Garaldea sabe de acogida, tanto por la intuición como por la práctica, y en todo momento me permite sentirme cómoda. Vengo a averiguar cómo se organiza una ocupación y cómo se estableció esta, pero sobre todo a entender cómo se genera de cotidiano el mantenimiento de este inmenso espacio a la vez que el sostenimiento general del colectivo; entender qué hay en las biografías de quienes lo componen que los hizo zambullirse en este proyecto, que es una «comuna» y es mucho más que eso. Sus ocupantes se han propuesto desde el primer momento poner a disposición de otros —una difusa comunidad de activismo— estas infraestructuras. Quiero saber, sobre todo, cómo se interrelacionan aquí la política y los cuidados.

El complejo, anteriormente conocido como El Batán, ocupa un terreno propiedad de Bankia, que estuvo cedido a Proyecto Hombre como parte de las dotaciones que la Comunidad de Madrid destinaba a la Agencia Antidroga. De sus tres edificios, Los Álamos servía como «reformatorio» para menores metidos en problemas judiciales y de drogas, quizá el único en todo el país. En los otros dos, La Vega y El Batán, se daba cobijo a personas en tratamiento de drogodependencia, divididos según fuesen adictos a la cocaína o la heroína.

El pasado se hace presente en detalles. Mónica, una de las ocupantes, me da un paseo introductorio y me señala las ventanas